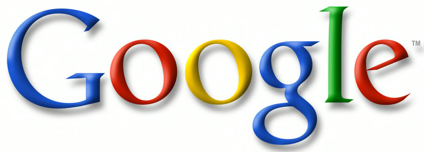
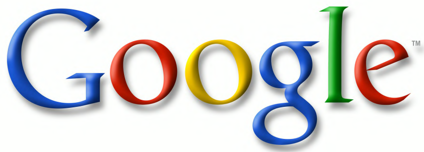




Dover

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

# NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

D. MARIANO CATALINA.

MADRID.
LIBRERÍA DE CUESTA,
Carretas, 9.

1874.

# NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO.

*Recuerdo cariñoso que a [illegible] dedica su buen amigo*

*El Autor*

D

# NO HAY BUEN FIN

POR

# MAL CAMINO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

D. MARIANO CATALINA.

Representóse con éxito en el teatro de Apolo, la noche del 6 de Mayo de 1874.






MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE D. RICARDO P. INFANTE,
Jesus del Valle, núm. 15.

1874.

| PERSONAJES. | | ACTORES. |
|---|---|---|
| MARÍA | SRTA. | CASTRO. |
| INÉS | | RUIZ. |
| UNA CIEGA | | VARELA. |
| D. DIEGO DE GUZMAN | SR. | VICO. |
| FR. JUAN | | CEPILLO. |
| D. PEDRO DE MONCADA | | PARREÑO. |
| D. FERNANDO | | CALVO. |
| D. LOPE GIRON | | PASTRANA. |
| CHICHON | | FERNANDEZ (D. M.) |
| SOTILLO | | CASTRO. |

ACOMPAÑAMIENTO DE AMBOS SEXOS.

*La accion pasa en Madrid, el año* 1639. *El primer acto en la calle Mayor, frente á las Gradas de San Felipe el Real. El segundo y el tercero en un salon de la casa de D. Pedro.*

Á LA EXCMA. SRA.

DOÑA TERESA ENRIQUEZ Y ANTOLINEZ DE CASTRO.

*Recuerdo de gratitud y cariño de su sobrino,*

*El Autor.*

# ACTO PRIMERO.

*El teatro representa un trozo de la calle Mayor de Madrid. En el fondo, y en la parte de la derecha, las Gradas y fachada de San Felipe el Real; en la parte de la izquierda una casa con puerta y reja baja, practicables.*

## ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO y CHICHON.

(Aparecen varios caballeros paseando en las Gradas, y otros en grupos, mirando las damas que entran y salen en la iglesia. Al levantarse el telon se oye el toque de la oracion, y todos se descubren.)

CHI. Mentidero de Madrid,
lugar donde salen y entran
los embustes ciento á ciento,
las verdades media á media.
Aquí se citan los vagos,
y aquí vienen las doncellas,
unas para ver los hombres,
y otras para que las vean.
Péscanse aquí romadizos
y rosarios y cadenas;
maridos de contrabando,
y doncelleces de pega.
Aquí se pueden sacar
por miles almas en pena;
pues no faltan escuderos,
y andan de sobra las dueñas.
Aquí se riñe de balde,

y se dan á quien las quiera
estocadas á la antigua,
reveses á la moderna,
boquetes á la italiana,
y chirlos á la flamenca.
¡Oh iglesia de San Felipe!
¿Por qué te llaman iglesia,
si eres ménos respetada
que el *Corral de la Pacheca*?
En tí no se oyen las Misas,
ni se escuchan las novenas,
y las oraciones se hacen
por los dedos, ó por señas.

D. Die. Chichon, ¿qué murmuras?

Chi. Yo
no murmuro; le doy vueltas
á la cuenta de hoy, y nada,
no me sale bien la cuenta.

D. Die. Siempre te pasa lo mismo.

Chi. ¿No me ha de pasar...? Por fuerza.
Señor, desde que me diste
aquel golpe en la mollera
tan tremendo, yo no sé
por dónde anda mi cabeza.

D. Die. Dí que desde que te pasas
todo el dia en la taberna.

Chi. Tambien puede ser verdad;
y esto, señor, me recuerda
un cuento que me contaba,
cuando era chico, mi abuela.

D. Die. Pues cállalo.

Chi. ¿Qué es callar
un cuento que le interesa
á mi honor escuderil...?
Has de oirlo aunque no quieras.
«Servía cierto escudero
»á un señor de mucha renta,
»y cuando daba la cuenta
»siempre faltaba dinero.
»El buen señor, ya cansado

»de ver que siempre salia
»de ménos, le dijo un dia
»mohino y amostazado:
—»Hombre, si sigues así,
»por ladron te voy á echar.—
»Y él contestó:—¿Yo robar?
»Es que me roban á mí.
»Pero ya sé ¡vive Dios!
»quién mis cuentas desgobierna;
»yo entro solo en la taberna,
»y al salir, salimos dos.
»Me voy con mi compañero
»á dormir; y al despertar,
»otra vez me vuelvo á hallar
»solo, pero sin dinero.»—
Lo mismo me pasa á mí;
porque ya he notado yo
que cuando no bebo, no
me falta un maravedí.

D. DIE. Borracho, tras de robarme,
¿tienes la poca vergüenza
de confesarlo?

CHI. Señor,
debilidades, flaquezas
de nuestro oficio; la culpa
la tiene Lope de Vega;
porque así son los criados
que él retrata en sus comedias.
Y á este propósito un cuento.

D. DIE. Mira, tuno, si me cuentas
otro, te voy á poner
las costillas como nuevas.

CHI. Bien, callaré, por respeto
y amor á mis posaderas.
Pero, señor; há dos horas
que tornamos de la guerra,
y á lo que entiendo, há que estamos
aquí cerca de hora y media.
¿Quieres decirme, señor,
qué esperamos...?

D. DIEG. A que vuelva
la dama que de ahí enfrente
salió há poco.
CHI. ¡Buena es esa!
No has visto su rostro, y ya...
D. DIEG. Chichon, como si lo viera.
CHI. ¡Si llevaba el manto echado!
D. DIEG. Hermosa ha de ser por fuerza;
aquel talle...
CHI. ¡Y qué! ¿no tienen
tambien sus talles las feas?
D. DIEG. ¿Y las manos, y los piés
que al bajar esa escalera
me mostró?
CHI. Dí nos mostró;
pues los lacayos no ciegan
cuando hay que ver esas cosas.
D. DIEG. Loco estoy.
CHI. ¡Pobre doncella!
Por doncellada que esté,
presto ha de parar en dueña.
Pero, señor, ¿es posible
que lo mismo te suceda
siempre? Que apenas llegamos
á un pueblo, cuando tu hacienda
principal es adorar
á lo primero que encuentras?
D. DIEG. Eso consiste en la sangre,
la sangre que se rebela...
CHI. Sángrate, y echarás otra
ménos mala que la vieja.
D. DIEG. El corazon no envejece
nunca. Y por viejo que sea,
el caballo corredor
muere, pero no se entrega.
CHI. Ya me lo dirás más tarde.

## ESCENA II.

DICHOS y la CIEGA.

CIEG. (Entra por la derecha.)
¿Quién compra las coplas nuevas
de don Lope de Fajardo?
CHI. ¿A ver qué coplas son esas?
CIEG. Caballero, una limosna
á la pobrecita ciega.
CHI. (Dándole una moneda.)
Toma, y cántalas con aire,
que á mí me estorban las letras.
(D. Diego observa la gente que entra y sale en la iglesia, pero sin dejar de oir el romance, que le interesa vivamente al final.)
CIEG. (1) (Canta el romance á la manera que los populares.)
«Partióse á la guerra
don Lope Fajardo:
doncellas y viudas
su ausencia lloraron.
Don Lope era un mozo
valiente y gallardo,
y al par que valiente,
discreto y osado.
A muchas sedujo
con dulces engaños,
y fué para todas
igualmente falso.
Sus malas partidas
supiéronse al cabo,
y todas á un tiempo
por su honra clamaron.
*Alegre don Lope* (2),

(1) La música de este romance ha sido expresamente escrita por el Sr. Nuñez Robres, director de orquesta del teatro de APOLO.
(2) Todo lo que va impreso en letra bastardilla puede suprimirse en la representacion.

*seguia entre tanto*
*en nuevas conquistas*
*mintiendo y gozando.*
Maridos y padres,
amantes y hermanos,
pidiendo venganza
vinieron airados.
Tranquilo don Lope,
volvióles en cambio
de su honra manchada,
reveses y tajos.
Por eso á la guerra
partióse el villano,
y viudas y mozas
su ausencia lloraron.
Corrieron los meses,
corrieron los años;
tornó de la guerra
don Lope Fajardo.
*Venía más viejo,*
*más ducho en engaños:*
*en dichos más corto*
*y en hechos más largo.*
Apenas la córte
sus plantas pisaron,
flechóle una dama
de buen rostro y garbo.
*En vano rendido*
*colmóla de halagos;*
*la dama era honesta,*
*y todo fué en vano.*
Ausente el marido,
entróse en su cuarto
con llave comprada
á infames criados.
La honrada matrona
vertió inútil llanto;
y en noble contienda
luchó grande espacio.
Estando en la lucha,

furioso y airado
penetra el marido
la espada en la mano.
Insulta á don Lope,
se baten entrambos,
y mata al marido
su ciego adversario.
La dama que viuda
quedó en desamparo;
se supo que era hija
del mismo Fajardo.
*Entónces don Lope,*
*confuso y turbado,*
*las huellas del vicio*
*miró con espanto.*
*Por eso hace tiempo*
*que vive en un cláustro,*
*y expia en las sombras*
*sus muchos pecados.*»

D. DIE. (Que se ha aproximado poco á poco á la Ciega.)
Márchate pronto, rapaza,
no nos quiebres la cabeza
con tus gritos; pues no estamos
para oir cuentos de viejas.

CIEG. Señor...

D. DIE. (Dándole una moneda.)
Toma por que calles.

CIEG. ¿Quién compra las coplas nuevas...?
(Se va por la izquierda.)

## ESCENA III.

D. DIEGO y CHICHON.

CHI. Señor, don Lope Fajardo
era un pájaro de cuenta.

D. DIE. Pero no ha vivido nunca

CHI. ¿Quién sabe eso...? En esta tierra,
los seductores de oficio
somos muchos.

D. Die. Los poetas
escriben esas mentiras.
Chi. Y en realidad, ¿tú no encuentras
entre esa historia y la tuya
semejanza? ¿No pudiera
ocurrir que aquí te halláras,
despues de tan larga ausencia,
con un vástago talludo
ó una cria ya mozuela?
D. Die. ¿Quién piensa en eso, Chichon?
Ya sabes que no me arredran
todas esas brujerías
que el vulgo escucha y comenta.
Vengan, si quieren venir,
desventuras y tragedias,
que yo no pienso morirme
de escrúpulos de conciencia.
Chi. No me lo jures, señor,
pues tengo ya muchas pruebas
de que es tu manga tan ancha
como una puerta cochera.
(Empieza á salir gente de la iglesia. María é Inés se dirigen á la casa de la izquierda.)
D. Die. Cuidado no se nos vayan,
que salen de la novena.
Chi. Pues te encargas tú del ama,
yo cargaré con la dueña.

## ESCENA IV.

DICHOS, MARÍA é INÉS.

D. Die. (Acercándose á María.)
Señora, arrojó su arpon
amor, que es tirano y ciego,
y ha encendido mortal fuego
en mi pobre corazon.
Cierta mano y cierto pié
ví al descuido y por acaso,
y desde entónces, me abraso

por un rostro que soñé.
Corred la punta, señora,
de ese manto aborrecido,
y veré cómo ha nacido
al anochecer la aurora.

MARÍA. Caballero, tal lo hablais,
que casi os debo creer;
mas no soy yo la mujer
que sin duda aquí esperais.
Marchad, pues, á donde os llama
vuestro amor, que estando aquí,
sobre molestarme á mí,
tendrá celos vuestra dama.

D. DIE. Si en mi alma prodigio tal
no hiciera el talle, lo haría
la encantadora armonía
de vuestra voz celestial.
Mostradme, pues, sin enojos
la faz que ese manto viste,
para que se mire un triste
en la luz de vuestros ojos.
(Acercándose en ademan de descubrirla.)
Dejad que yo mismo...

MARÍA. ¡Atrás!
Sed más cortés, caballero,
y entended bien, que ni quiero,
ni debo escucharos más.

CHI. ¿Cómo te llamas?

INÉS. Inés.

CHI. ¿Pides?

INÉS. De noche y de dia.

CHI. Pues entónces, Inés mia,
adios, y beso tus piés.

INÉS. Oye.

CHI. No te quiero oir.

INÉS. Cuatro palabras.

CHI. No puedo.
Tengo muchísimo miedo
á todo lo que es pedir.

INÉS. Soy rica.

CHI. Eso es otra cosa.

INÉS. Tengo un buen gato; soy guapa,
y si quieres... (Hace ademan de descubrirse.)

CHI. (Deteniéndola.) Tapa, tapa;
pues de cierto eres hermosa.

INÉS. Y tú, ¿qué eres?

CHI. Un valiente.

INÉS. ¿Qué tienes?

CHI. Buen apetito.

INÉS. Pues, lacayo, este palmito,
no se emplea en tan ruin gente.

CHI. Yo no soy ruin; mis blasones
son de preclaro abolengo;
pues por línea macho, vengo
de los ilustres Chinchones.

INÉS. ¿Chinchones?

CHI. ¿Te maravillas,
no es verdad? Pues por mi abuela,
derecho como una vela,
desciendo de los Chinchillas.

INÉS. Entónces te llamarás...

CHI. Descendiendo de Chinchon.

INÉS. ¿Aguardiente?

CHI. No.

INÉS. ¿Melon?

CHI. No: Chichon.

INÉS. ¿Te quejarás?

CHI. A todas horas, Inés,
que eso me viene de casta.

MARÍA. Caballero, basta, basta:
ya pasais de descortés.
(Llamando en la puerta de su casa.)
Es mi casa, y os advierto
que nadie á entrar se ha atrevido,
si mi padre ó mi marido
sus puertas no le han abierto.
Así, marcharos podeis.

CHI. (A Inés.) ¿Saldrás?

INÉS. Puedes esperar.

D. DIE. Señora, dejadme entrar.

MARÍA. Pues entrad si os atreveis.
(Se abre la puerta y aparecen Fr. Juan y varios criados. María sube los escalones con resolucion. D. Diego quiere seguirla, y el fraile se interpone. Vuelven á cerrar las puertas.)

## ESCENA V.

D. DIEGO, FR. JUAN y CHICHON.

FR. JU. Paz, hermano.
D. DIE. De la guerra
vengo, Padre, y me dedico
á la guerra.
FR. JU. Yo predico
paz y concordia en la tierra.
D. DIE. Pues entónces, haced vos
vuestro papel, bien ó mal,
y dejad á cada cual
que sirva al diablo ó á Dios.
FR. JU. Tiempo há ya, señor soldado,
que al diablo venís sirviendo
con tal lealtad, que entiendo
que ya estareis endiablado.
D. DIE. A vos no os importa nada,
y ese cuidado es pueril.
FR. JU. Quiero volver al redil
á la oveja descarriada.
D. DIE. Para fraile, sois audaz.
FR. JU. Paz predico por do quier.
D. DIE. Pues lo que debeis hacer
buen Padre, es dejarme en paz.
FR. JU. No hagais vos guerra.
D. DIE. Há dos meses
que dejé de ser soldado:
el dia que hemos echado
de Turin á los franceses.
FR. JU. No es esa guerra en que vos
luchásteis, la que me asusta;
pues esa, al ménos, si es justa
no está maldita de Dios.

Por ella con santa ley
se han llevado á tierra extraña,
al par que el nombre de España,
su Dios, su Pátria y su Rey.
La que yo combato, hermano,
es la guerra con que el vicio
empuja hácia el precipicio
á todo el género humano.
Esa que aquí en las ciudades
hace fieras invasiones,
y destruye las naciones
y mata las sociedades.
La guerra que se hace al bien
y ya en nuestra pátria asoma,
aquella que ha hundido á Roma
y hundirá á España tambien.
Cuando la inmoralidad
circula de arriba á abajo,
ni hay justicia, ni hay trabajo,
ni hay órden, ni hay libertad.
Llevando tras sí el deleite,
con rapidez se difunde;
y si no se ataja, cunde
como la mancha de aceite.
¡Ay del pueblo desdichado
que sin fé y moral está!

D. DIE. Y eso, Padre, ¿con quien vá?

FR. JU. Esto va con vos, soldado;
pues vos sois un vivo ejemplo
del vicio, y contra él predico.

CHI. ¡Le ha espetado el dominico
una verdad como un templo!
(Chichon se retira junto á la reja.)

D. DIE. Pues, Padre, fuera mejor
en la iglesia sermonear.

FR. JU. Mi deber es predicar
donde encuentre al pecador.

D. DIE. ¿Y si el pecador se enfada
y hace al fraile un mal servicio...?

FR. JU. Como es cosa del oficio,

no le importa al fraile nada.
D. DIE. Pues aprenda quien me exhorta,
que yo entre herejes viví,
y he visto matar allí
á muchos frailes.
FR. JU. No importa.
Hermano, tambien yo he visto
muchos bravos en mi grey.
D. DIE. Yo soy soldado del Rey.
FR. JU. Yo soy soldado de Cristo.
D. DIE. Yo no tolero desmanes.
FR. JU. Don Diego, yo los perdono.
D. DIE. Soy noble, y tengo en mi abono
la raza de los Guzmanes.
FR. JU. ¿Sois Guzman...? Pues á ese honor
tampoco yo soy ajeno.
D. DIE. Vengo de Guzman el Bueno.
FR. JU. Yo de Guzman el Mejor.
D. DIE. ¡El Mejor...!
FR. JU. De los mejores;
que fué Guzman sin segundo
el Santo que legó al mundo
la Órden de predicadores.
Y si aún fuere necesario
timbre de más honra y fama,
preguntad cómo se llama
el que instituyó el Rosario.
Si aquél de quien venís vos
dió entre dolores prolijos
su hijo á la pátria, cien hijos
de éste murieron por Dios.
Con que no me llevais nada.
D. DIE. De mi valor hago alarde.
FR. JU. No era tampoco cobarde
quien os dió esa cuchillada.
(Señalando á la cara.)
D. DIE. ¿Vos sabeis...?
FR. JU. Señor soldado,
algo sé de vuestra historia.
D. DIE. ¿Y teneis buena memoria?

FR. JU. Sí; pero se me ha olvidado.
Os he visto con empeño
perseguir á una mujer,
y debo haceros saber
que esa mujer tiene dueño.
D. DIE. ¿Qué importa? Su corazon
haré mio, y será mia.
FR. JU. Pero quien lo ajeno ansía,
ese tambien es ladron.
D. DIE. Calle, Padre; pues si pasa
adelante ¡por Dios vivo!
que ya no podré...
FR. JU. Os prohibo
penetrar en esa casa.
D. DIE. Preciso será tomar
vuestras palabras á juego.
FR. JU. Reid, pues, señor don Diego,
que ya tendreis que llorar.
D. DIE. ¡Yo llorar!
FR. JU. Si esa mansion
profanar os proponeis,
tal vez en ella empeceis
vuestra ruda expiacion.
D. DIE. Pues entraré.
FR. JU. Pues conmigo
os encontrareis allí.
D. DIE. Y eso, ¿qué me importa á mí?
FR. JU. Pensad bien que lo que os digo
es un aviso de Dios,
que en su juicio inescrutable,
puso un abismo insondable
entre esa mujer y vos.
No hay en la tierra un mortal
tan ciego, á quien Dios no dé
un momento, para que
elija entre el bien y el mal.
Pensad que os habla por mí
quien por vos murió en la Cruz.
Don Diego, allí está la luz.
(Señalando á la iglesia.)

Las sombras están allí. (Señalando á la casa.)
(Fr. Juan se va por la derecha y entra en la iglesia.)

## ESCENA VI.

D. DIEGO y CHICHON.

D. DIE. Por Dios, que el fraile es valiente,
y tan tenaz, que saliera
vencedor, si no tuviera
otro más tenaz enfrente.
Nunca he visto entre cristianos,
ni fé, ni fervor más grandes.
Estaria bien en Flandes
convirtiendo luteranos.
Merece mejor empleo,
y siento que el alma mia
sea tan dura y tan fria.
CHI. (Mirando por la reja.)
¡Ay qué gusto lo que veo!
D. DIE. Chichon, ¿qué ves?
CHI. ¡Qué placer!
son las dos á cual más bella:
un lucero es la doncella
y el ama es un rosicler.
¡Ay, se afloja el cinturon!
¡Oiga, y se quita la falda!
Tiene un lunar en la espalda
lo mismo que este boton.
D. DIE. (Empuja á Chichon y se pone en su lugar.)
¡Aparta á un lado, profano!
CHI. Señor...
D. DIE. ¡Vive Dios!
CHI. No insisto.
D. DIE. (Mirando por la reja.)
¡Válgame Dios lo que he visto!
Dichoso es el sér humano
que puede llamar su esposa
á tan celeste hermosura.

Nunca he visto criatura
más bella, ni más graciosa.

CHI. ¿Te place?

D. DIE. Me maravilla.

CHI. ¿No se ha desnudado más?

D. DIE. La doncella está detrás
y le ajusta la cotilla.
Ahora se pone el vestido.

CHI. ¿Y el lunar?

D. DIE. Ya no se ve.

CHI. ¿Qué te ha parecido?

D. DIE. Que
estoy de amores perdido.

CHI. ¿Ya, señor? Eso se llama
llegar y besar...

D. DIE. Estoy
ciego, y es preciso que hoy
vuelva á hablar con esa dama.

CHI. Pues confia en mí.

D. DIE. ¿En tí?

CHI. Sí.
Ya verás cómo á esa reja
sale su linda pareja
muerta de amores por mí.

D. DIE. ¿La doncella?

CHI. Le dí hechizos,
y me citó.

D. DIE. ¿Y el honor
de la casa?

CHI. Aquí, señor,
hay honores quebradizos.

## ESCENA VII.

DICHOS, D. FERNANDO, D. LOPE, SOTILLO, dos damas, caballeros y embozados.

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Favor!

CHI. ¡Quietos los aceros!

LA VOZ. (Id.) ¡Socorro!

D. FER. (Id.) ¡Infames!

D. LOP. (Id.) ¡Villanos!

CHI. Que riñen los cortesanos
y pagan los forasteros.

D. DIE. ¡A ellos, cobarde!

CHI. ¡Cobarde
yo!

D. DIE. ¿No ves que luchan pocos
con muchos?

CHI. Estarán locos.
¡Quiera Dios que llegue tarde!

(Á los gritos de socorro se oye ruido de espadas en la izquierda: despues cruzan la escena dos mujeres, y se amparan en la iglesia. Don Diego y Chichon, que se dirigieron al lugar de la pendencia, vienen unidos á los ménos, que arrollan á varios embozados que se baten en retirada y huyen por la derecha.)

D. FER. Gracias, caballero.

D. DIE. Igual
hiciérais vos que hice yo.

D. LOP. ¿Y la dama?

D. FER. Se amparó...

D. DIE. ¿Dónde?

D. FER. En San Felipe el Real.

D. DIE. ¿Y era bella?

D. LOP. No la ví;
pero á juzgar por su talle...

CHI. (A Sotillo.)
¡Vive Dios, que en esa calle
á más de quince tendí!

SOT. Eso no es verdad.

CHI. ¡Por Cristo!
si otro dijera tal cosa,
que ya estaria en la fosa.

SOT. ¡Pero si no los he visto!

CHI. Tampoco yo.

SOT. Pues no es cierto.

CHI. No busques tres piés al gato,
lacayo; pues hace un rato
que me estás oliendo á muerto.

D. DIE. Buen brazo y buen corazon

teneis, jóven.

D. LOP. Pues conmigo
contad.

D. DIE. Seré vuestro amigo;
mas ¿quién sois...?

D. LOP. Lope Giron.
¿Y vos?

D. DIE. Templad ese afan
por si el nombre no os agrada.
¿No habeis oido hablar nada
de don Diego de Guzman?

D. FER. ¡Don Diego!

D. LOP. Su travesura
me encanta, y amo su nombre.

D. DIE. Pues, Giron, yo soy ese hombre
de quien tanto se murmura.
Quien logró ver, sin reveses,
á sus contrarios vencidos.

D. LOP. ¡El terror de los maridos!

D. FER. ¡Y el terror de los franceses!

D. LOP. Contad vuestra historia.

D. DIE. En mí
sería vana arrogancia.

D. LOP. Yo os lo suplico, á instancia
de cuantos están aquí.

D. DIE. Ved que mi vida no goza
fama de santa ni justa.

D. LOP. ¿Y qué importa? No se asusta
por eso la gente moza.
Amar, reñir y jugar
es, don Diego, mi destino.

D. DIE. ¡Bravo! Sois un libertino
y nada os puedo negar.
Seré fiel historiador
de guerras, duelos y amores;
mas os advierto, señores,
que soy un gran pecador.
Llena de ardides y engaños,
mi historia es larga y amarga...
Mas ¡cómo no ha de ser larga

una historia de veinte años!
Como segundon nací,
quisieron hacer de mí
un ministro del altar;
por eso, de niño, fuí
á Salamanca á estudiar.
D. Lop. Tambien yo allí me crié.
D. Die. Pero desde edad temprana
los libros abandoné,
y colgando la sotana,
amor y placer busqué.
Yo pasaba por buen mozo,
y acometí sin rebozo
mil empresas peregrinas,
logrando hacer un destrozo
entre las salamanquinas.
Las hazañas de mi porte,
que hizo famosas mi acero,
diéronme allí pasaporte
para venir á la córte
mal herido y sin dinero.
D. Lop. Pero quedó vuestra fama.
D. Fer. Sin gloria.
D. Die. Es verdad, sin gloria;
pues pasó allí cierto drama
entre un galan y una dama,
que aún se agita en mi memoria.
D. Lop. ¿Y qué fué?
D. Die. La aparicion
repentina de un marido,
que atravesó el corazon
de mi amada.
D. Lop. Nunca he oido
esa triste relacion.
D. Die. De derechos y deberes
sólo conocí los nombres;
y en mi vida de placeres
siempre reñí con los hombres,
por amor de las mujeres.
Padres, maridos y hermanos

provocáronme á campaña,
y hallaron muerte á mis manos
por eso me fuí de España
á otros países lejanos.
Llegué á Alemania, y allí,
como soldado serví
en la belicosa empresa,
á que dió principio Sesa,
y glorioso fin Tilly.
Combatiendo los desmanes
de las huestes luteranas,
dos años pasé de afanes
vencedor entre alemanes
y vencido entre alemanas.
Gentes son de temple frio
ellos, y ellas como un hielo;
pero no faltó á mi brío
cada dia un desafío
y cada semana un duelo.
Ajeno á todo interés,
busqué peligros más grandes
en otra parte, y despues,
con el famoso marqués
de Espínola, serví en Flandes.
No sé si fué gran hazaña
la que hizo en esta campaña;
pero por su mano queda
escrito el nombre de España
en las murallas de Breda.

CHI. Yo tambien estuve allí.
SOT. ¿Y qué pasó?
CHI. Que á su lado
como un leon combatí;
pero como era soldado
nadie se acordó de mí.
Porque siempre en casos tales,
las heridas y los males
las sufrimos los peores,
y la gloria y los honores
son para los generales.

D. DIE. *Aunque en silencio devoran*
*de rencor vieja semilla,*
*ellos son gente sencilla,*
*y ellas admiran y adoran*
*á los hijos de Castilla.*
*Cierto que es antigua ley*
*que impere la voluntad*
*del hombre; mas la verdad*
*es que allí el hombre es un rey*
*que no tiene autoridad.*
*Por eso gocé en sigilo*
*de aquel venturoso asilo,*
*que fué para mi deleite,*
*un mar sereno y tranquilo*
*como una balsa de aceite.*

D. LOP. Vuestras hazañas contad,
don Diego.

D. DIE. No hice ninguna.

D. FER. Tienen gran celebridad.

D. DIE. Algun golpe de fortuna,
que exageró la amistad.
Fuíme á Italia, y de la guerra
vi los sangrientos horrores;
pero ¡qué tierra, señores...!
¡Bien haya la hermosa tierra
donde nunca faltan flores!
Sobre aquel dichoso suelo
tendió su brillante vuelo
el genio audaz de las artes,
y aquel poético cielo
se refleja en todas partes.
Y el sol que brillante gira,
á un tiempo alumbra é inspira
al poeta y al pintor;
y el aire que se respira
está empapado de amor.
Y al oir el son pausado
de la lengua en que han hablado
Tassos, Petrarcas y Dantes,
me acordaba entusiasmado

de la lengua de Cervantes.
¡Dichosa aquella campaña,
teatro de tanta hazaña!
Pues á un tiempo conseguí
plazas fuertes para España,
y mujeres para mí.
Con valor y buena suerte,
alcanzamos gloria igual
sitiando á Mántua y Casal;
y en Sorribia ví la muerte
de mi anciano general.
Supo que contra el francés
luchó con poco valor
un hijo suyo, y despues,
deplorando aquel revés,
murió loco de dolor.
Cuantos placeres encierra
aquella dichosa tierra,
ocho años gocé propicio,
y lo mismo en paz que en guerra,
reñir y amar fué mi oficio.
Súpose en Italia un dia
que nuestra pátria invadia,
un ejército extranjero,
y á España vine el primero
para ir á Fuenterrabía:
Con el marqués de Mortara
hasta sus muros llegué;
y por Dios, que aquello fué
una deshonra bien clara
para el famoso Condé;
que al verse allí derrotado,
en vez de buscar con brío
un fin glorioso y honrado,
cobarde huyó por el rio
como el último soldado.
Despues de tan gran victoria,
nuevo triunfo y nueva gloria
corrí á buscar en Turin...
y aquí, señores, la historia

de mis campañas da fin.
Veinte años pienso que hace hoy
que huí á países extraños;
y el tiempo y los desengaños
me hacen ver que ya no soy
lo que era en mis buenos años.
Por eso busco un hogar
en donde pueda gozar
de tranquilidad y calma.

D. Lop. ¿Renuncia al amor vuestra alma?

D. Die. ¡Ay...! No puedo renunciar.
Pues sin el amor me siento
rodeado del vacío;
y es para mí un elemento,
como para el ave el viento,
como para el pez el rio.
De tal suerte me deprava,
y á tal punto es ruda y brava
en mí la carnal miseria,
que si tengo alma, es esclava,
esclava de la materia.
En mi ardiente corazon,
todo cuanto nace toma
el fuego de una pasion;
y si un sentimiento asoma
lo mata una sensacion.
Si hay Dios, y ese Dios me envia
marcado ya mi destino,
¿qué ha de hacer el alma mia
más que seguir el camino
que al precipicio la guía?

D. Fer. Callad, don Diego, callad.
Dios toque vuestra conciencia.

D. Die. Si no me da libertad,
en vez de un Dios de clemencia
será un Dios de iniquidad.

D. Fer. Basta.

D. Lop. Sí, no continueis;
pues podrá oiros si pasa
alguno, y...

D. DIE. Razon teneis;
mas oid lo que me pasa,
para que de mí juzgueis.
Dos horas há que he llegado,
ya casi viejo y cansado;
y apenas salí á la calle,
ya estuve de un pié y de un talle
locamente enamorado.

D. LOP. ¿Es posible, Guzman?

D. DIE. Sí:
y vive cerca de aquí.

D. FER. (Alarmado.) ¿Cerca...?

D. LOP. Eso no puede ser.
Adorar á una mujer
sin verla...

D. DIE. Despues la ví.

D. LOP. ¿Es bella?

D. DIE. La perfeccion
de lo bello: ni pintada.

D. FER. (Con ansiedad creciente.) ¿Rubia?

D. DIE. Sus cabellos son
de oro.

D. FER. ¿Soltera?

D. DIE. Casada.

D. FER. (Pára, pára, corazon.
¡Oh qué martirio es dudar!)

D. LOP. Proseguid.

D. DIE. Os va á llenar
mi revelacion de asombro.
Señores, sé que en un hombro
tiene...

D. FER. (Interrumpiéndole.) ¿Qué tiene?

D. DIE. Un lunar.

D. FER. ¡Ah...!

(Mete mano á la espada para acometer á don Diego; pero hace un violento esfuerzo por contenerse, y lo consigue.)

(¿Qué vas á hacer, honor?
Quieres tu agravio notorio.)

D. LOP. Sois tan bravo seductor,

que al lado vuestro, Tenorio
era un pobre burlador.

D. DIE. Mas, don Lope, reparad
que aquel lo fué por sistema,
y yo por necesidad.

D. LOP. Basta: no volvais á un tema
Que os llevará á la impiedad.
Adios. (Dando la mano á D. Diego.)

D. DIE. ¿Os vais?

D. LOP. Mil favores
gozad; que en casos de amores
siempre estorban los testigos.
Todos estos son amigos:
mandad, pues.

D. DIE. Gracias, señores.

D. LOP. (Al marcharse, á los caballeros que se van con él.)
¡Pobre Fernando...! ¡Es chistosa
la aventura! ¿Quién creería
que su adorada María,
tan bella y tan candorosa...?
¡Malhaya la hipocresía!

(Se van por la derecha. D. Fernando se queda observando en el fondo.)

## ESCENA VIII.

INÉS, D. DIEGO, D. FERNANDO y CHICHON.

CHI. Ya, señor, Inés me llama,
y allá voy con tu permiso.

D. DIE. Marcha, y dile que es preciso
que yo hable con esa dama.

CHI. (Va á la reja.) Inesilla, Dios te guarde.
Tengo que hablarte.

INÉS. (En la reja.) Pues vamos,
habla presto, que mis amos
han de venir, y es ya tarde.

D. DIE. ¿Qué afecto en mí se despiérta,
que así en el pecho palpita?

¿Por qué revive y se agita
una alma que estaba muerta?

CHI. Ven, don Diego, y óyelo
de sus lábios.

D. DIE. (Va á la reja.) Pues me obligas.

CHI. Para que luégo no digas
que tengo la culpa yo. (Hablan con Inés.)

D. FER. (¿Qué te resta ya que ver?
¿No están en tu propia puerta?
¿No ves tu ventana abierta,
y tras ella una mujer?
Adios, honor, dicha... ¡Oh cielos!
¡Todo, todo lo he perdido!
No hay infierno parecido
al infierno de los celos.
Las sombras me han de ayudar
para matarle mejor.)

INÉS. Idos, que viene el señor.

CHI. ¿Qué dice?

D. DIE. Que no he de entrar.

(D. Fernando, con la espada desnuda, se acerca cautelosamente á la reja; pero ántes de llegar á la puerta de su casa, aparecen por la derecha Fr. Juan y D. Pedro; cierra la ventana Inés, y D. Diego y Chichon vuelven al centro de la escena. D. Fernando se queda en la puerta de su casa.)

## ESCENA IX.

DICHOS, FR. JUAN y D. PEDRO.

FR. JU. (Aparte á D. Diego.)
Hermano, ¿aún os hallo aquí?
¡Válgame Dios! ¿Estais ciego?

D. PED. (Reparando en D. Diego.)
Pero... ¿qué miro? ¿No es Diego?
Diego de Guzman es; sí.

D. DIE. (Queriendo reconocer á D. Pedro.)
Y vos sois...

D. PED. Yo soy...

D. DIE. (Reconociéndolo.) Moncada.
D. PED. (Se abrazan.)
Ven, Guzman, ven á mis brazos,
y renuévense los lazos
de nuestra amistad pasada.
D. DIE. ¡Cómo pasa el tiempo!
FR. JU. Espejo
debe ser para el vicioso.
D. PED. Tu nombre has hecho famoso.
D. DIE. En cambio yo me hago viejo.
D. PED. Padre, desde tierna edad,
Diego se crió conmigo,
y siempre ha sido mi amigo
de mayor intimidad.
Como si fuera pariente
mio, tratadle.
FR. JU. Tambien
le conozco há tiempo.
D. PED. Ven:
mi casa es esa de enfrente,
y en ella te has de hospedar.
FR. JU. (A D. Diego en tono suplicante.)
(¡Guzman!)
D. PED. Disculpa no admito.
D. DIE. Pues acepto. (Aparte á Fr. Juan.)
(Estaba escrito
Padre, que habia de entrar.)
D. FER. (En la puerta de su casa.)
(Jamás; esto ya traspasa
mi paciencia.)
FR. JU. (Aparte á D. Diego.) (Caballero,
pensad lo que haceis.)
D. FER. (Primero
pegaré fuego á la casa.)
(Abre la puerta y entra.)
CHI. (Aparte á D. Diego.)
¡Tienes una suerte loca!
D. DIE. Tráete el equipaje al punto.
CHI. Corro por él. Este asunto
se pone á pedir de boca. (Se va Chichon.)

D. PED. Diego, vas á conocer
á mis hijos.

D. DIE. Te agradezco
tal dicha, que no merezco.

FR. JU. (¡Señor! ¿qué va á suceder?)

MARÍA. (Dentro. Se oyen gritos inconexos y ruido.)
¡Padre! ¡Padre!

D. FER. (Tambien dentro.) Tú mi honor
manchaste, infame.

MARÍA. (Id.) ¡Socorro!

FR. JU. ¡Es María!

D. PED. ¡Mi hija! Corro... (Se dirige precipitadamente á la puerta de su casa.)

MARÍA. ¡No hay quien me ampare!

INÉS. (Dentro.) ¡Favor!

D. PED. (Golpeando la puerta con violencia.)
¡Abrid, abrid!

FR. JU. (A D. Diego, interponiéndose entre él y la puerta.)
¡Vos, atrás!

D. DIE. (Empujando á Fr. Juan con violencia.)
Apartad, fraile, de aquí.

(En este momento se abre la puerta, y María se arroja en brazos de su padre. Los criados se interponen entre ella y D. Fernando, que se ve en el fondo con la espada desnuda.)

D. PED. ¡Hija!

FR. JU. (Al verse empujado, levanta los brazos sobre D. Diego en ademan amenazador.)
Villano, ¡ay de tí!
(Hace un violento esfuerzo, y se contiene.)
Soberbia, ¡qué viva estás!
(Cae el telon.)

---

# ACTO SEGUNDO.

---

*Salon antiguo, lujosamente amueblado y decorado; puertas al fondo y á los lados.*

## ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO y FR. JUAN.

D. FER. ¡Ay, Padre! Ciertos agravios
nunca en la tierra se olvidan.
FR. JU. Vamos, hijo; ten valor
para luchar: no te aflijas.
D. FER. Alcé la mano iracundo,
por una sospecha inícua,
sobre ese ángel de bondad
que es la vida de mi vida.
Tuve celos, y los celos
cegaron el alma mia.
FR. JU. A una pasion no disculpa
otra pasion más indigna.
Si hoy tus manos goteáran
sangre de tu sangre misma,
¿has pensado bien, Fernando,
el dolor que sufrirías?
¿Tú sabes lo que es oir
una voz que allá escondida
en el alma, á un mismo tiempo
pide venganza y justicia?
D. FER. ¡Oh, callad, Padre! Pensarlo
solamente, me horroriza.
¡Yo asesinarla...! ¡Maldito
sea mi genio; y maldita

la sangre que por mis venas
como fuego se desliza!

FR. JU. Fernando, ¿así mis consejos
atiendes? ¿Qué significan
esas iracundas frases?

D. FER. Padre, que no hay medicina
para mí; pues soy yo mismo
la causa de mis desdichas.
Sólo al pensar que aquel hombre
en mi propia casa habita,
nuevas sospechas me asaltan,
y nuevos ódios me irritan.

FR. JU. ¿Aún dudas de tu mujer?

D. FER. No dudo; pero querria
ignorar aquella historia.
Cuando contemplo esa niña
tan pura como las almas
por el Señor elegidas,
toda sombra de sospecha
desaparece á mi vista;
pero ¡ay, Padre...! cuando pienso
en esa señal maldita
con que don Diego probaba
su abominable osadía,
siento en el alma la duda,
mi confianza vacila,
y hasta creo que me falta
el cariño de María.

FR. JU. La voluntad, hijo mio,
es un don que modifica
esos instintos brutales
que á la humanidad agitan:
sin ella el alma no es alma,
y si se deja que siga
el hombre por el camino
que su inclinacion le dicta,
no hay fiera en el universo
más cruel ni más dañina.
Fernando, nunca te olvides
de que eres la imágen viva

del Creador, que te ha dado
la dignidad por divisa.
Dios te entregó una alma libre,
y la pasion la esclaviza,
y la esclavitud la ofende,
y toda ofensa la humilla.

D. FER. Es verdad, Padre; vos sois
mi consejero y mi guia.
¡Cuánto habeis hecho por mí...!
Os debo más que la vida,
y en cambio yo...

FR. JU. No te obligo;
porque no da quien obliga.
Deseo que modifiques
esa inclinacion altiva
que á los abismos del crímen
te arrastra y te precipita.
No quisiera haber criado
á la víbora maligna
que cuanto toca envenena,
y que mancha cuanto mira.

D. FER. Mandad, y obedeceré.

FR. JU. Es necesario que pidas
perdon á tu buena esposa.

D. FER. No olvidará miéntras viva
ni mis dudas, ni el furor
con que la traté.

FR. JU. No midas
su corazon por el tuyo.
En su alma dulce y sencilla
no vive el ódio; ella te ama
y el que ama su agravio olvida.

D. FER. No cabe en el alma humana
perdon para tal perfidia.

FR. JU. ¡Calla, calla, desdichado!
Tú no sabes todavía
á donde su abnegacion
llega.

D. FER. Parece mentira
que vuelva á gozar de nuevo

sus deseadas caricias.

FR. JU. Las gozarás; pues tu esposa
te ama como el primer dia:
pero ámala tú tambien
sin reservas ni malicias.

D. FER. ¡Que la ame yo...! ¡Yo, que tengo
de todo celos y envidia...!
Del manto con que se cubre,
del espejo en que se mira,
de los ocultos afectos
que en su corazon germinan;
de la sombra que la sigue,
del aire que ella respira...
y hasta de Dios, que hasta Dios
parte de su amor me quita.

FR. JU. ¡Calla, infeliz! No ya amante,
loco es quien así delira.

D. FER. ¡Oh! loco, sí; pues su imágen
me arrebata y me fascina.
Apenas mi pensamiento
en su hermosura se fija,
cien visiones me rodean
pavorosas y fatídicas.
Unas veces en la sombra
veo el puñal homicida
que sobre su hermoso pecho
un brazo sin cuerpo vibra;
otras veces veo un hombre
colmándola de caricias,
que ella recibe gozosa
y le devuelve tranquila.
Entónces rencor de muerte
en mi corazon se agita,
y como un incendio estalla
el ímpetu de mis iras:
nubes de púrpura vienen
á desvanecer mi vista,
y aquí en mi pecho, un torrente
siento que se precipita.
Ya contemplo que mi espada

gotas de sangre destila,
ó ya miro de mi esposa
la faz descompuesta y lívida...
¡Oh Padre! dadme un remedio,
pues este amor me aniquila.

FR. JU. Levanta al cielo tus ojos
con varonil energía.
Aprende á sufrir en Cristo,
y en su admirable doctrina
encontrarás el remedio
que con tal anhelo ansías.
Busca la salud que anhelas
en las aguas cristalinas
que todos los males curan
y todas las manchas limpian.
No dudes de tu mujer,
pues toda duda es indigna
de una alma noble.

D. FER. Callad:
aquí se acerca María.

FR. JU. Ven conmigo.

D. FER. No: dejadme
que humilde perdon le pida.

FR. JU. Espera, que no es aún tiempo.

D. FER. ¡Qué hermosa es! ¡Dios la bendiga!

(Se van por el fondo derecha. María sale por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA II.

MARÍA.

¡Pobre Fernando mio!
¿Qué secreto rencor movió tu brío
contra tu pobre esposa?
¿Qué influencia fatal y misteriosa
al cordero tornó tigre bravío?
¡Ay, sí...! Ciego extravío
turbó su mente y excitó su furia:
que á no faltarle á la razon la calma,

nunca lanzára tan cobarde injuria
sobre quien guarda la mitad de su alma.
¡Quién pensára que un dia
con doloroso espanto
el rostro de mi amante miraria!
¡Oh Vírgen del Consuelo! Dadme llanto
para sentir la desventura mia.
(Rompe á llorar. D. Pedro entra por el fondo izquierda.)

## ESCENA III.

D. PEDRO y MARÍA.

D. PED. ¿María?
MARÍA. ¡Padre!
D. PED. Tu dolor enfrena.
Vamos, valor...
MARÍA. No puedo:
no lo puedo tener; me ahoga la pena.
Luchando en mí la compasion y el miedo,
cuando fria y serena
busco un remedio que á mi dicha cuadre,
más en mi propia confusion me enredo.
D. PED. De su inícua agresion arrepentido
está Fernando.
MARÍA. ¡Ay, padre!
Si motivo ha tenido
para lanzar sobre mi amor tan ruda,
tan calumniosa ofensa,
loco es, señor, quien piensa
que no le queda la sospecha muda.
Siempre, siempre la duda
pintada en su semblante,
silencioso martirio
habrá de ser para su esposa amante.
Si aquel ciego furor era un delirio
que perturbó su mente,
ni habrá ya para mí dia seguro,
ni podré disfrutar de bien presente

que no amargue el temor de mal futuro.

D. PED. No, María; exageras
en tu imaginacion esos dolores:
si como yo á Fernando tú le vieras,
todos esos fatídicos temores
mirarias cual sombras pasajeras.

MARÍA. ¿Le habeis visto...?

D. PED. Hace poco
que le pedí satisfaccion cumplida;
pero ni tu marido ha estado loco,
ni conserva tampoco
esa duda que tanto te intimida.

MARÍA. ¿Por qué tal ceguedad?

D. PED. Celoso estaba
de la mujer que amaba,
y no hay quien le convenza
á revelar de dónde sus recelos
nacieron; tuvo celos,
y no dice la causa, por vergüenza;
pero depuestos ya celos y antojos,
sollozos lanzó ahogados,
y sus fieros enojos
en silenciosas lágrimas trocados,
gota á gota brotaron por sus ojos.

MARÍA. ¿Llora...? ¡Pobre Fernando!

D. PED. Sí, María;
y con su llanto implora
que le concedas el perdon que ansía:
perdonálo; pues cuando el hombre llora,
ó no tiene entereza ni energía,
ó es inmenso el dolor que le devora.

(D. Fernando y Fr. Juan aparecen en el fondo, puerta derecha.

MARÍA. ¡Que le perdone yo! ¡Yo, que daria
la mitad de mi vida por que fuera
la falta suya y la vergüenza mia!
¡Que le perdone yo...! Si consistiera
en mi muerte su dicha y su reposo,
no una vez, cien muriera,
por hacerle dichoso.

Venga á mis brazos, pues; aquí le espera
un corazon ansioso
del dulce afecto que las penas calma.
¿Qué mujer en el mundo cierra el alma
á las caricias de su amante esposo?
(D. Fernando cae de rodillas á los piés de María.)

## ESCENA IV.

DICHOS, D. FERNANDO y FR. JUAN.

D. FER. ¡María, noble María...!
MARÍA. ¡Fernando del alma mia!
D. FER. Humillado cual me ves
vengo cobarde á tus piés.
MARÍA. Me ofende tu cobardía.
D. FER. *Hable por mí este dolor*
*que por sincero me abona...*
*¿Perdonas á tu ofensor...?*
FR. JU. *La mujer siempre perdona*
*los extravíos de amor.*
MARÍA. *Ven á mis brazos, pues brilla*
*nueva aurora de consuelo...*
D. FER. *Humilde el perdon anhelo.*
FR. JU. *Sí; pues quien aquí se humilla*
*será ensalzado en el cielo.*
MARÍA. ¡Oh no! No tienes razon;
(Obligándole á levantarse.)
pues no há menester perdon
ni debe estar humillado
quien tiene un trono guardado
dentro de mi corazon.
D. FER. ¡Oh María! ¡Qué buena eres!
Te hago injurias, y te empleas
en devolverme placeres...
yo te ofendo, y más me quieres...
María, ¡bendita seas!
MARÍA. Sí yo te hubiera guardado
rencor por desconfiado

ó miedo por tu locura,
con la presente ventura
borrára el dolor pasado.
No siempre injusta y artera
es con nosotros la suerte;
pues la dicha no tuviera
de hallarte, si no sufriera
la desdicha de perderte.
Cuando con la mente invades
las sublimes soledades
del mar, ó al cielo te subes,
di, ¿qué es el cielo sin nubes
y la mar sin tempestades?
¿Qué son, Fernando, dos séres
cuyos constantes placeres
no turba una diferencia?

FR. JU. ¡Qué lógica...! ¡Qué elocuencia
da el amor á las mujeres!

MARÍA. *Nada, Fernando: la vida*
*que siempre apacible y mansa*
*á eterno placer convida,*
*es la miel apetecida*
*que de puro dulce cansa.*

D. FER. *Alma noble y generosa*
*que en favor la ofensa muda,*
*sigue ignorando dichosa*
*cómo roe y cómo acosa*
*el gusano de la duda.*

MARÍA. *¡Ah, Fernando...! ¿Todavía*
*queda en tí la ruin sospecha*
*de que te ofendió María?*

D. FER. *¡Oh, no! Tal temor deshecha*
*paloma del alma mia.*
*Si en mi corazon quedára,*
*no ya la duda, una parte*
*que tu honradez ultrajára*
*el corazon me arrancára*
*para dejar de ultrajarte.*

FR. JU. (A D. Pedro.)
*Esa exaltacion me aterra.*

D. Fer. *Sólo amor mi pecho encierra,*
*y yo para amarte existo.*
Fr. Ju. *Judas dudó, y vendió á Cristo...*
*Siempre hay Judas en la tierra.*
D. Fer. No temas ya mis enojos;
pues los celosos antojos
que en mi corazon nacieron,
como eran sombras, huyeron,
ante la luz de tus ojos.
*Mútuo amor y confianza*
*habrá siempre entre los dos.*
*¿No es verdad?*
Fr. Ju. *Todo lo alcanza*
*el que pone su esperanza*
*y su corazon en Dios.*
D. Ped. *Nunca para el bien fué tarde:*
*amaos mucho y gozad*
*de vuestra felicidad.*
Fr. Ju. *¡Ay, don Pedro, es tan cobarde*
*para el bien la humanidad!*
D. Fer. *De mi pasado extravío*
*sólo quedará en la mente*
*algun recuerdo sombrío,*
*para que avive y aumente*
*más tu cariño y el mio.*
María. ¡Oh, sí! Jamás el temor
vendrá á turbar la alianza
que hoy ha sellado el dolor.
D. Fer. Y será mi confianza
eterna, como mi amor.
(D. Diego y Chichon aparecen en la puerta de la derecha.)

## ESCENA V.

DICHOS, D. DIEGO y CHICHON.

María. (Viendo á D. Diego.)
¡Ah...!
D. Fer. ¿Qué tienes?

MARÍA. (¡El!)
FR. JU. (¡D. Diego!)
D. FER. (¿Por qué tiembla y se estremece...?)
(Con ira reconcentrada al ver á D. Diego.)
(¡Guzman!)
D. DIE. Señores, parece
que turbo vuestro sosiego.
Yo no debo ser testigo
de lo que en familia pasa,
y.... (Hace ademan de marcharse.)
D. PED. (Deteniéndole.)
Espera, Diego; en mi casa
jamás estorba un amigo.
MARÍA. (¡Esas miradas me ofenden!)
FR. JU. (Aparte á D. Diego.)
(Mirad bien, señor soldado...)
D. DIE. (Aparte á Fr. Juan.)
(Fraile, no seais cansado.)
D. FER. (Se miran y se comprenden.)
(Ap. á Fr. Juan con ira reconcentrada.)
(¿Lo veis?)
FR. JU. (A D. Fernando, conteniéndolo.)
(Templa tu furor.)
(Fr. Juan y D. Fernando se retiran al fondo.)
MARÍA. (¡Fernando duda...! No puedo
sostenerme...) (Se apoya en D. Pedro.)
D. FER. (¡Tiene miedo!)
D. PED. ¿Estás mala?
MARÍA. Sí, señor.
D. PED. ¿Qué sientes, hija?
MARÍA. No sé...
la vista...
D. DIE. ¿Quereis mi ayuda?
D. FER. (¡Maldita sea la duda!)
D. PED. (Aparte á D. Diego.)
No te vayas; volveré.
(María y D. Pedro se van por la puerta de la izquierda.)
FR. JU. (Aparte á D. Fernando.)
Pon tu corazon en Dios:

espera y confía en mí.
(Aparte á D. Diego.)
Don Diego, aguardadme aquí,
pues tengo que hablar con vos.
(Fr. Juan y D. Fernando se van por el fondo derecha.)

## ESCENA VI.

D. DIEGO y CHICHON.

CHI. Mala burra hemos comprado:
fuerza será recoger
los trastos y...
D. DIE. Esa mujer,
me tiene loco, hechizado.
CHI. Mas considera, señor,
que es peliagudo este lance.
D. DIE. Es preciso, á todo trance,
que yo consiga su amor.
CHI. Mira, don Diego, que estás
solo en campaña tan ruda.
D. DIE. No importa: el diablo me ayuda,
y no necesito más.
CHI. ¡Quién pensára que aquel talle
te cautivára tan presto!
D. DIE. ¿Qué ha sido de Inés?
CHI. La han puesto
de patitas en la calle:
y estamos amenazados
de una tunda soberana.
Señor, no entremos por lana
y salgamos trasquilados...
D. DIE. Veremos; yo no abandono
la empresa: me quedo aquí.
CHI. Lo siento mucho... por mí,
que soy el último mono;
que si os tiráran los trastos,
no sería cosa nueva
que vos cogiérais la breva

y yo pagára los gastos.

D. DIE. Pues márchate de Madrid,
cobarde.

CHI. Eso no: prudente,
dirás; pues lo que es valiente,
soy más valiente que el Cid.
Díganlo, pues, los que ayer
fueron de mi planta alfombra,
ó aquellos que al ver mi sombra
apretaron á correr.
Pero, señor, es bien triste
que vengas aquí buscando
las sobras de don Fernando,
y al fin te quedes alpiste.
¡Y quiera Dios que el esposo
no te plante una estocada!

D. DIE. Si es por la mujer amada,
la recibiré gustoso.

CHI. Pues no hablemos más, consiento
en servirte hasta morir;
pero, señor, has de oir
á este propósito un cuento.

D. DIE. Cállalo.

CHI. Lo tengo á punto
y tus excusas no admito;
pues parece que fué escrito
de intento para este asunto:
«Juan Perez, que era soldado,
»pasó por Ocaña un dia,
»y en casa de Anton García
»le pusieron alojado.
»Gustóle en extremo á Juan
»la mujer de Anton; morena,
»frescota, rolliza y buena
»como un pedazo de pan.
»Se enceló Juan; y ladino,
»aunque ignorante, el labriego
»conoció al soldado el juego
»y le engañó como á un chino.
»Siempre que podia ver

»Juan la amorosa pasion
»de Anton y Ramona, Anton
»retozaba á su mujer.
»Y él sobon, y ella sobona,
»le daban tales tormentos,
»que Juan bebia los vientos
»por el amor de Ramona.
»Una noche, que durmió
»Anton en el campo, Juan
»describió tan bien su afan,
»que una cita consiguió.
»Lleno de amoroso exceso
»fué á la hora concertada
»á la alcoba; y á la entrada,
»sin ver cómo, se vió preso.
»Ella y él, que no eran bobos,
»de acuerdo, habian logrado
»cazar al pobre soldado
»con una trampa de lobos;
»y cazado, con el brío
»que en todo labriego abunda,
»pególe Anton una tunda
»de padre y muy señor mio.
»Juan, como una exhalacion,
»logró por fin escapar
»de la trampa; y al marchar
»le dijo al oido Anton:
—»Ya sabes, Juan, que hay casados
»que conocen bien sus fueros;
»y que no faltan solteros
»corr...idos y apaleados.»—
Aplica el cuento, señor,
y pues te agrada la casa,
veremos si á tí te pasa
lo que al otro seductor.
Mira que lo del lunar,
oyó, y...

D. Die. ¡Cuidados ajenos...!
Tanto mejor; eso ménos
le queda que averiguar.

CHI. Mira que lo va á saber
don Pedro.
D. DIE. Me importa poco.
CHI. ¿Y el dominico?
D. DIE. Tampoco
él me hará retroceder.
CHI. Que hay ya en Madrid quien su honor
ultraja, y quien tiene á mengua...
D. DIE. Yo le arrancaré la lengua
á ese vil calumniador.
CHI. ¡Pero, señor, si María
se ha obstinado en no quererte!
D. DIE. ¡Qué importa...! No hay plaza fuerte
que se rinda el primer dia.
En esta ocasion, es tal
mi amoroso frenesí,
que por ninguna sentí
afecto tan ideal.
No es mi amor esa pasion
que en la materia se inspira,
ni á un torpe placer aspira,
mi cansado corazon.
Cuanto he gozado hasta ahora
en mi juventud airada,
no vale ni una mirada
de esa niña encantadora.
Y si por tales placeres
provoqué duelos injustos,
y viví dando disgustos
lo mismo á hombres que á mujeres,
por el placer sobrehumano
de poseer á María,
no á su esposo, mataria
á todo el género humano.
Y pues mi airado destino
la lucha me pone enfrente,
¡ay del hombre que imprudente
se atraviese en mi camino!
Ni respetaré deber,
ni derecho, ni reposo,

y con su padre y su esposo
lucharé, si es menester.
Y si es preciso matar,
le daré muerte al que osado
me estorbe.

(Aparece Fr. Juan en la puerta del foro de la derecha.)

## ESCENA VII.

DICHOS, FR. JUAN.

FR. JU. Señor soldado,
por mí podeis empezar.
CHI. (¡Chúpate esa!)
D. DIE. Si tentarme
os proponeis ¡vive Dios,
que os mate...!
FR. JU. No teneis vos
alientos pára matarme.
Vuestro proyecto cruel
combatiré frente á frente.
CHI. (A D. Diego.)
(¡Ahí está, señor valiente,
anda, atrévete con él!)
D. DIE. Buen fraile, errais el camino,
que aunque á Lucifer me igualo
en lo soberbio y lo malo,
jamás he sido asesino.
FR. JU. Pues... ¿cómo se ha de llamar,
si asesino no se llama,
el que deshonra una dama
que se muere de pesar?
¿Luchásteis alguna vez
que, además de valor y arte,
tuviérais de vuestra parte
la razon y la honradez?
Invocad vuestra memoria;
recogeos un momento,
y extended el pensamiento

por vuestra pasada historia.
Acordaos si en veinte años
que habeis recorrido el mundo,
fuisteis en algo fecundo
más que en desdichas y daños.
Cuando dejeis de ser hombre,
despues de tanto correr,
¿quedará en la tierra un sér
que bendiga vuestro nombre?
¿Ó acaso pensais que Dios,
en su infinita bondad,
al crear la humanidad
quiso hacerla como vos?

D. DIE. Padre, al saber que el destino
tal y como soy me ha hecho,
sé que no tengo derecho
á seguir otro camino.
Mi cuerpo rebelde y bravo,
para conseguir la calma,
esclavo ha de ser del alma,
y él no quiere ser esclavo.

FR. JU. Señor don Diego, pensad
que el vicio es la esclavitud,
y sólo hay en la virtud
verdadera libertad.

D. DIE. Si es la virtud tan hermosa,
virtuoso quiero ser,
comenzando por querer
á una mujer virtuosa.
Sed conmigo liberal,
y decidle que me quiera.

FR. JU. ¡Oh, callad! Sois una fiera
que hace el mal por hacer mal.
Veo que no basta un medio
blando para mal tan rudo;
por eso, don Diego, acudo
hoy á mi postrer remedio.
De vuestro tiempo pasado
recuerdo una historia horrible.

D. DIE. Contadla, porque es posible

que á mí se me haya olvidado.

CHI. Sí; contadla á mi señor,
y yo diré...

FR. JU. Rufian, basta.
Vete.

CHI. ¡Qué geniazo gasta
el Padre predicador!
(Chichon se va por la derecha.)

## ESCENA VIII.

FR. JUAN y D. DIEGO.

FR. JU. Puesto que es necesario, aunque me duela,
oid, don Diego, la terrible historia.
Guzman: un hombre honrado, noble, rico...

D. DIE. Decid el nombre.

FR. JU. El nombre no os importa.
Dichoso y confiado disfrutaba
de las caricias de su amante esposa,
bella y tranquila como el sol de Mayo,
fresca y alegre cual la dulce aurora.
Vos no gozásteis nunca de esa vida
que las desdichas en placeres torna,
ni sabeis que el amor de ciertas almas
es en la tierra anticipada gloria.
Con la tranquilidad de quien no ofende,
con el reposo de quien no ambiciona,
la hermosa dama y el esposo amante,
su viaje hacian sin contar las horas.
Barca tranquila en apacible lago
era su vida; mas de pronto, ronca
bramó la tempestad, y la barquilla
juguete fué de las soberbias olas.
Un grito de dolor lanzó la pátria,
se oyó la voz de la guerrera trompa,
y á las armas lanzóse España entera,
de pelear y de vencer ganosa.
Entónces no era de la pátria el nombre
tan sonoro y vulgar como es ahora;

pero entónces sus hijos, eran hijos,
hoy son viles hijastros que la ahogan.
No era virtud la hipocresía, ni era
un mérito premiado la lisonja;
el honor era honor, no una palabra
con que el traidor su iniquidad adorna.
Lo primero era Dios; despues la pátria,
despues el Rey: la conveniencia propia
se despreciaba, prefiriendo el noble
á vida sin honor, muerte gloriosa.
Por eso el tierno esposo, su ventura,
su mujer y su hogar, sus dichas todas
resignado dejó, si no gozoso,
por seguir las banderas españolas.
En dos años de luchas y fatigas
pudo contar los dias por victorias,
y al cabo de dos años, de su España
volvió á pisar las deseadas costas.
¡Así el bajel que le condujo hubiera
naufragado en las aguas procelosas!
¡Así la nave se estrellára un dia
en las desiertas y temidas rocas!
Pisó el suelo español, voló á su casa,
no libre de inquietudes y zozobras,
y al mirarle temblaron sus criados,
llenos de espanto, como mudas sombras.
En vano interrogó: lástima ó miedo
cerró sin duda sus villanas bocas,
y el mismo esposo penetró el misterio
que ocultaba su muerte y su deshonra.
Un grito de dolor oyó en su estancia;
abrió la puerta, penetró en la alcoba,
y al contemplar su propia desventura,
sintióse presa de mortal congoja.
Vió á su mujer postrada en torpe lecho,
mirando con cariño á una matrona
que le mostraba un sér recien nacido,
fruto del crímen de la infame esposa.
Aquella postracion del agraviado
tornóse presto en insaciable cólera,

y el corazon de la mujer adúltera
atravesó su espada vengadora.
Loco de indignacion, ciego de rabia,
cuanto encuentra á su paso lo destroza,
y un mar de sangre le parece poco
para lavar las manchas de su honra.
Por fin halla un criado que le dice
el nombre del infame, le provoca,
y á sus plantas herido, casi muerto,
ve caer al autor de su deshonra.
¿No conoceis, don Diego, todavía
los personajes de mi triste historia...?
Vos fuísteis el verdugo que aún me ofende;
yo la víctima soy, que aún os perdona.

D. Die. ¡Don Juan, don Juan...! ¿Decidme qué habeis hecho
de aquel sér inocente?

Fr. Ju. ¿Qué os importa?

D. Die. Es mio, y lo reclamo.

Fr. Ju. ¡Miserable!
¿Aún quereis provocar mi muerta cólera?
¡Dios mio! Dadme fuerzas; pues conozco
que mi paciencia y mi humildad se agotan.
Si era vuestro, ¿qué hicísteis en veinte años
para encontrar lo que pedís ahora?

D. Die. Muerta en el corazon tuve esa fibra.

Fr. Ju. Tambien habeis tenido muertas otras.

D. Die. Reveladme el secreto, ó ¡vive el cielo...!

Fr. Ju. Vuestras iras, don Diego, no me enojan
ni me inspiran temor. Cuando el ayuno
venga á templar vuestra soberbia indómita;
cuando sintais pegado á vuestro cuerpo
áspero traje de bayeta tosca;
cuando el cilicio, saludable al alma,
sintais que os llama con punzada sorda,
comprendereis que la amenaza es poco,
y que la misma muerte no es gran cosa.
Tened paciencia, hermano.

D. Die. Ese silencio
puede hacer, Padre, que la pierda toda.

Fr. Ju. Pues yo lo romperé, ya que es preciso,

para borrar vuestra pasion monstruosa.
El hijo de la infame Margarita,
cerca, muy cerca le teneis ahora.
(Aparece D. Pedro en la puerta de la izquierda.)

## ESCENA IX.

DICHOS, D. PEDRO.

D. PED. (¡Aquí fray Juan!)
D. DIE. Hablad, pues.
FR. JU. (Viendo á D. Pedro.)
Ahora no; don Pedro viene
y que él lo ignore conviene.
Paciencia: hablaré despues.
(Se va por el foro derecha.)

## ESCENA X.

D. PEDRO y D. DIEGO.

D. PED. Anoche fuiste testigo
de una agresion inaudita,
Diego; y mi alma necesita
hablar con la de un amigo.
D. DIE. Con tu leal amistad
desde la infancia me honré.
D. PED. Ya lo sé; y porque lo sé,
te hablo con sinceridad.
Tuvo celos infundados
Fernando, y se volvió loco;
mas los celos son bien poco
para dos enamorados.
Por eso, apenas pasó
la nube con sus horrores,
entre brillantes colores
el iris de paz lució.
Todo enojo ya depuesto
y olvidados sus deslices,
hoy, para ser más felices,

ajustan paces.

D. DIE. ¿Tan presto?

D. PED. Sí.

D. DIE. ¿Y durará tal reposo?

D. PED. No lo sé; porque Fernando,
más que pacífico y blando,
es altivo y rencoroso.
Por soberbio é irritable,
sin decírsela sufrí
la historia que para mí
es ya un peso insoportable.
Ni el Padre predicador,
ni María, han arrancado
este secreto, ignorado
hasta de mi confesor.
¿Sabes tú lo que es guardar
en el alma triste duelo,
sin tener ni áun el consuelo
de poderlo revelar?
El dolor siempre escondido,
sobre robar paz y calma,
quema y pesa sobre el alma
como plomo derretido.
¿Ves mis canas...? Pues no son
los años los que las crian;
son penas que no cabian
dentro de mi corazon.
¿Ves este rostro surcado
por cien arrugas...? Pues ellas
son, Guzman, las tristes huellas
que la deshonra ha dejado.

D. DIE. Habla, Moncada; mi fé
puedes poner en probanza:
si necesitas venganza,
dílo, y yo te vengaré.

D. PED. Quiero que seas testigo
de mis penas; pues tú sabes
que parecen ménos graves
cuando las oye un amigo:
esa niña que aquí ves,

la encantadora María...
¡ay, Diego, no es hija mia!

D. DIE. (Muy alarmado.)
¿No es tuya...? ¿Pues de quién es?

D. PED. Tú tal vez recordarás,
que allá en nuestra edad temprana,
yo vivia con mi hermana...

D. DIE. ¿Con Elvira...?

D. PED. Sí.

D. DIE. (Con ansiedad.) ¿Qué más?
Prosigue.

D. PED. Pues bien: un hombre,
un traidor, la deshonró,
y de su falta nació...

D. DIE. ¿Quién era él?

D. PED. No sé su nombre.
Nunca quiso denunciar
á quien le hizo tanto daño.

D. DIE. Pero ¿qué fué de ella?

D. PED. Al año
murió loca de pesar.

D. DIE. (¡Dios mio!)

D. PED. Cierto papel
firmó la mano villana
del seductor, y mi hermana
encontró disculpa en él.
(Mostrándole el papel.)
Formal y franca promesa
de casamiento aquí hacia:
mira esa letra.

D. DIE. (Es la mia.)

D. PED. Firmóse Diego de Sesa.
Tras ese nombre funesto
medio mundo recorrí,
y al cabo me convencí
de que el nombre era supuesto.
Inútil fué mi esperanza;
no pude hallar al traidor;
y con ser mudo el rencor,
aún alienta mi venganza.

D. Die. ¿Aún le buscas? (Con creciente turbacion.

D. Ped. Si al infiel
hallára, ¿sabes qué haria...?
mostrarle muerta á María,
y despues matarle á él.

D. Die. Nunca le hallarás, Moncada;
y si le hallas, y á herir vas
á su hija, tropezáras
con la punta de mi espada.

D. Ped. ¡Ah...! ¿Tú le conoces...? Bueno...
Gracias... Sabré al fin quién es.

D. Die. ¡Jamás...!

D. Ped. (Arrodillándose.) Mírame á tus piés.

D. Die. Serénate.

D. Ped. Estoy sereno.
Por Dios, dímelo.

D. Die. ¡No... no...!

D. Ped. (Levantándose.)
¡Ah...! ¡Qué idea...! Tú el malvado
eres... ¡Tú me has deshonrado!

D. Die. (Muy turbado.)
No, Pedro, no he sido yo.

D. Ped. ¿No has sido tú...? Sin tardanza
díme quién fué.

D. Die. No lo sé.

D. Ped. Pues á tí te mataré.
(Saca la espada, y en el mismo momento aparece D. Fernando en el foro de la derecha.)

## ESCENA XI.

DICHOS y D. FERNANDO.

D. Fer. ¡Venganza, padre, venganza!

D. Ped. ¿De quién?

D. Fer. De ese que hace poco
trajísteis: del que delante
teneis; del infame amante
de María.

D. Ped. Hijo, ¿estás loco?

D. FER. No, padre; vil adalid
de infamias, me ha deshonrado;
y además ha publicado
mi deshonra por Madrid.
La torpe murmuracion
nuestro honrado nombre afrenta.
D. DIE. ¡Ay del vil...!
D. FER. Pedidle cuenta
á don Lope de Giron.
D. PED. Tu acusacion es muy grave.
D. FER. Decidme cómo se llama
el hombre que de una dama
todo lo secreto sabe.
Ese es el que dió alevoso
señales de mi mujer,
que sólo pueden saber
amante, padre ó esposo.
D. DIE. No es verdad.
D. FER. Vuestro cinismo
me espanta.
D. PED. (Su amante es, sí...)
D. FER. ¡Pues qué! ¿anoche no lo oí
de vuestros lábios yo mismo?
D. DIE. No fué María...
D. FER. Villano,
prepárate á pelear. (Saca la espada.)
D. PED. (Queriendo ser el primero en batirse.)
¡Fernando...!
D. FER. Quiero lavar
mi honra por mi propia mano.
D. DIE. Matadme, pues.
D. FER. ¡Vive Dios!
que á prueba me estais poniendo.
D. PED. ¡En guardia!
D. DIE. No me defiendo
contra tí, ni contra vos.
D. PED. ¡Cobarde!
D. DIE. No me insulteis.
D. FER. Defendeos.
D. DIE. Atacad.

D. Fer. ¿No os defendeis...? Pues tomad
rufian, lo que mereceis. (Le dá un bofeton.)

D. Die. (Con furor.)
¡Ah...! Basta ya de sufrir:
si mi padre me ultrajára
así, á mi padre matára.
Preparaos á morir.

D. Fer. (Á D. Pedro, que vuelve á interponerse.)
Dejadme sólo, dejadme.

D. Die. Venid si quereis los dos,
(Empieza á oirse la música del romance que cantó la Ciega en el primer acto.)
pues ni el infierno ni Dios
os librarán.
(María aparece en la puerta de la derecha.)

María. ¡Ah...!

D. Die. ¡Ah...!
(Al ver á María y al oir el primer verso del romance que canta la Ciega, arroja la espada y se cruza de brazos.)
Matadme.

Cieg. (Cantando en la calle.)
«La dama que viuda
quedó en desamparo,
se supo que era hija
del mismo Fajardo.»
(María, al ver la actitud de D. Diego, se ha interpuesto entre él y su esposo: todos quedan muy sorprendidos. Cae el telon.)

---

# ACTO TERCERO.

---

*La misma decoracion del anterior.*

## ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO y FR. JUAN.

D. FER. No es ya, Padre, la duda
la que mi triste corazon atiza
este fuego infernal; no ya la muda
sospecha de un celoso me esclaviza:
lo que hoy ante mis ojos se presenta
es la verdad desnuda,
pregonando á la vez dolor y afrenta.
Hoy por toda la córte se comenta
la amorosa conquista, publicada
por ese miserable; y yo entre tanto
vengo á ocultar mi frente, mancillada
por deshonra sabida y no vengada.
¡Oh, no, Padre! A dejar para más tarde
mi terrible venganza, yo sería
un hombre envilecido,
digno de tal afrenta, por cobarde.
FR. JU. ¿Pero piensas aún que te ha ofendido
la impecable María?
D. FER. No sé; mas suponed que no existiera
culpa en María; que don Diego hubiera
por medio inexplicable averiguado
esa señal terrible
que mi honor y mi dicha han mancillado.
Padre, decidlo vos: ¿es ya posible
probar al mundo que ella es inocente?

FR. JU. ¿Y quién ha publicado
la afrenta sino tú? Si tú, iracundo,
vil cieno no arrojáras á la frente
de tu infeliz esposa, ¿acaso el mundo
como falsa y perjura la acusára?
No, Fernando: tú mismo
que te arrojaste al fondo del abismo,
tu propia desventura échate en cara.

D. FER. *¡Pues qué! ¿Si resultára*
*mi esposa del delito responsable,*
*¿pensais que aún viviria?*
*¿Pensais, Padre, que yo perdonaria*
*su falta abominable?*
*¡Oh, no! Jamás: su sangre correria*
*mezclada con la de ese miserable.*
No me defenderé; de la imprudencia
siento el peso infinito
sobre mi corazon y mi conciencia;
mas sé que responsable
del escándalo soy, no del delito.
Decid, fray Juan; si en vuestra edad temprana,
cuando circula nuestra sangre ardiente,
alguna alma villana
de vuestra amada esposa
os robára el cariño, ó á su frente
acusacion lanzára calumniosa,
¿qué hiciérais vos: matar al delincuente,
ó cargar con la mancha deshonrosa?

FR JU. (Desconcertado.)
Hijo, no sé... no sé...

D. FER. Yo lo adivino:
con sangre de la infame ó del malvado,
el adulterio ó la cobarde afrenta
vos hubiérais lavado.

FR. JU. Pero ¡ay...! hubiera sido un asesino.
No, hijo mio, jamás el hombre honrado,
por sí el castigo al delincuente aplica.

D. FER. Padre, bien se predica
cuando se tiene el corazon helado.

FR. JU. De tu pecho destierra

esa infernal escoria
que te mueve y te impulsa hácia la guerra,
y acuérdate de Aquel que de la gloria
á predicar la paz vino á la tierra.

D. Fer. En vano, Padre, á perdonar me llama
vuestro cristiano acento;
mi honra ultrajada por sus fueros clama,
y aquí en mi pecho siento
ódio invencible al que mi nombre infama.
Vos, Padre, sois el ángel que, amarrado
á la tierra por frágil ligadura,
espera, haciendo bien, el deseado
momento de volar hácia la altura;
mas yo soy una pobre criatura
que, llena de miserias y de vicios,
sólo de la virtud conoce el nombre:
vos sois un Santo, pero yo soy hombre.
Si por infamia ó suerte
me ha robado el cariño de mi esposa
ese villano, y mancha deshonrosa
arroja sobre mí, sólo su muerte
mi agravio lavará; si calumniosa
fué aquella historia que á María ultraja,
sólo su sangre la deshonra ataja.

Fr. Ju. ¡Matar...! ¡Matar...! Tú, desdichado, ignoras
cuánto duran las horas
para el triste homicida:
tú no sabes, Fernando, ¡cuán amargas...
cuán tristes son... cuán largas...!
Sombras aterradoras
turban constantemente la conciencia,
y sordas á la súplica y al ruego,
ni tienen un instante de clemencia,
ni dejan un momento de sosiego.
*No hay paciencia, Fernando; no hay paciencia*
*para sufrir en calma tal martirio;*
*y si la Providencia*
*al pecador contrito no alentára,*
*ó locura, ó delirio,*
*ó desesperacion le aniquilára.*

*Compara, pues, compara*
*todo el castigo que el orgullo humano*
*imponga á tu clemencia, con el fiero*
*dolor que sufre quien con torpe mano,*
*lava un agravio, siempre pasajero,*
*con sangre de un hermano.*
Todo humano dolor, toda zozobra,
al fin el tiempo calma;
mas perdida una vez, no se recobra
nunca la paz del alma.

D. FER. Fray Juan, salvad mi honor, y yo me obligo
á perdonarlo todo.

FR. JU. Te prometo
que yo haré cuanto pueda.

D. FER. (Mirando por el foro izquierda.) Mi enemigo
se acerca.

FR. JU. Ven conmigo.

D. FER. Padre, á vos me someto.

(D. Fernando y Fr. Juan se van por la puerta del foro derecha. D. Diego entra por la de la izquierda con la espada desnuda, y como quien huye despavorido.)

## ESCENA II.

D. DIEGO.

¡Aún me mira...! ¡Oh, no...! Ilusion...
miedo... cobardes antojos...
¡Malditos sean los ojos
de don Lope de Giron!
Con tenaz obstinacion
me persiguen sin cesar...
¡mas temblar...! ¿Por qué temblar?
Yo le ví á mis plantas yerto,
y el muerto que está bien muerto
no puede resucitar.
En noble y leal porfía
le maté: nadie nos vió,
y él fué el vil que publicó

la deshonra de María.
Cien veces le mataria
si volviera á mi presencia:
mas ¿por qué extraña influencia
se postra mi alma confusa?
¿Qué voz es esta que acusa
desde la propia conciencia?
¿Quién habla en mí? ¡Oscuro arcano
que nuestra razon limita...!
Un Dios ó un demonio habita
en el corazon humano.
A cien dió muerte mi mano
sin temblar, y hoy de pavor
me estremezco. ¿Es que el valor
me falta al envejecer...?
¿O es que en mi sér otro sér
há engendrado un nuevo amor?
¡Amor...! ¡amor...! ¿qué es amar...?
¿sentir una dicha inmensa,
ó sucumbir sin defensa
al impulso del pesar?
Un mundo pensaba hallar
de placer, y hácia él corrí,
pero ¡ay...! cuando apenas ví
sus deseadas dulzuras,
otro mundo de amarguras
se derrumbó sobre mí.
Triste situacion la mia:
llegar á la córte, ver
y adorar á una mujer;
todo ha sido obra de un dia.
Con insensata porfía
en su casa he penetrado;
pero fuí tan desdichado,
que hallé á mi paso una perla,
y por no saber cogerla,
con el pié la he destrozado.
En vano luchar rehuso
y en vano busco disculpa;
pues en nadie encuentro culpa

si á mí propio no me acuso.
Torpe, cobarde y confuso
conmigo mismo batallo
para salvarla, y no hallo
nada que alivie su suerte;
pues si hablo le doy la muerte,
y la deshonro si callo.
(Fr. Juan aparece en el fondo derecha.)

## ESCENA III.

FR. JUAN y D. DIEGO.

FR. JU. ¿Guzman?
D. DIE. ¿Padre?
FR. JU. Dios os guarde.
D. DIE. Guárdeos Dios.
FR. JU. ¿Habeis pensado
lo que hareis?
D. DIE. Mi triste estado
he comprendido, aunque tarde.
FR. JU. ¿Qué vais á hacer?
D. DIE. Es cruel
la eleccion.
FR. JU. Está el marido
á mataros decidido,
ó á que le mateis á él;
y miéntras esteis aquí
no habrá momento seguro.
D. DIE. Sacadme vos de este apuro.
FR. JU. ¿Hareis lo que os diga?
D. DIE. Sí.
FR. JU. Partid.
D. DIE. Pero abandonar
cuanto poseo en la tierra...
FR. JU. En el cláustro ó en la guerra
debeis, don Diego, acabar.
D. DIE. Morir solo, y no tener
ni áun esos cuidados llenos
de cariño...

FR. JU. Eso es lo ménos
que os pudiera suceder.
D. DIE. Pero, decidme, fray Juan,
¿qué es de mi hijo?
FR. JU. Hoy es un hombre.
D. DIE. ¿Dónde está?
FR. JU. Os diré su nombre
cuando vos partais, Guzman.
D. DIE. Partiré.
FR. JU. Pero obligado
estais, ántes de partir
de España, á restituir
el honor que habeis robado.
D. DIE. ¡Padre...!
FR. JU. La pobre María
en lenguas tiene su fama,
y su honra de vos reclama...
D. DIE. Su honra tambien es la mia.
En la córte contaré
la verdad de aquel suceso.
FR. JU. Guzman, no basta con eso:
firmadlo.
D. DIE. Lo firmaré.
FR. JU. ¡Quiera el cielo que áun así
satisfaccion él no os pida!
No dilateis la partida.
D. DIE. Hoy mismo saldré de aquí.
FR. JU. ¿Y qué hareis?
D. DIE. No sé: quizás
proseguir mis desvaríos;
pues yo soy como los rios,
que nunca vuelven atrás.
FR. JU. Verdura y vegetacion
el rio deja en su paso
y vos...
D. DIE. Yo todo lo arraso:
soy rio de maldicion.
FR. JU. Mas pensad que vais perdido
hácia el mar y...
D. DIE. Ya lo pienso.

Todos vamos al inmenso
mar de lo desconocidó.

FR. JU. Si lo desconoceis vos
es porque no teneis fé;
pues claro es para los que
creen y esperan en Dios.

D. DIE. Ver para creer.

FR. JU. ¡Qué más,
infeliz, tienes que ver,
que lo que sembraste ayer
y lo que hoy á coger vas?
Del mal fiero paladín
tras él corriste sin tino;
y el que anda por mal camino
no puede tener buen fin.
Y si de viejas verdades
nó escuchas ya los acentos,
sabe que quien siembra vientos
recogerá tempestades.

D. DIE. De sabido lo he olvidado;
mas cuando estos vientos lleguen
á tempestades que aneguen,
de cierto estaré anegado.
En fin, no me hagais hablar
de lo que está por venir;
pues vais á hacerme reir
cuando yo quiero llorar.
Habeis vencido: esta tierra
por ingrata y por traidora
dejaré presto. En mal hora
torné, Padre, de la guerra.
¿Exigís más de mí?

FR. JU. Nada.

D. DIE. Pues os daré ese papel.
(Se sienta y escribe con precipitacion.)

FR. JU. No, Guzman; dádselo á él,
ó á vuestro amigo Moncada.
(Fr. Juan se va por el fondo derecha. D. Diego sigue escribiendo un momento; despues se levanta con el papel en la mano.)

## ESCENA IV.

D. DIEGO.

Busqué con ansia por el mundo errante
luz que alumbrára mi alma oscurecida,
y en medio del camino de la vida
encontréla purísima y brillante.
Tras aquel resplandor corrí anhelante
buscando en él la dicha apetecida;
mas al llegar á la vision querida
un abismo espantoso ví delante.
Así la humanidad corre afanosa
tras de la luz de su futura suerte,
que vé á lo léjos vaga y misteriosa;
y así se acerca y con dolor advierte
que entre esta vida y la que busca ansiosa
está el oscuro abismo de la muerte.

## ESCENA V.

D. DIEGO y CHICHON.

D. Die. (En la puerta de la derecha.)
¡Hola!
Chi. Señor, ¿qué mandais?
D. Die. Nos marchamos.
Chi. ¡Pues me gusta
la aprension! Conque vinimos
anoche y... ¿pero hay alguna
novedad? ¿Qué pasa?
D. Die. Mucho.
Chi. Pero,... ¿qué?
D. Die. Mis desventuras.
Chi. ¿Cuáles son?
D. Die. ¡Cuáles son...! Basta.
Chi. Pero...
D. Die. ¡Vive Dios!
Chi. Me asustas.

Marchemos, pues; pero dime
á qué posada.

D. Dieg. A ninguna.
Nos vamos de Madrid.

Chi. ¡Cielos!

D. Dieg. Y de España.

Chi. ¡Dios me acuda!

D. Dieg. Y del mundo.

Chi. Poco á poco;
tú podrás irte si gustas,
lo que es yo, no.

D. Dieg. Vamos, vamos,
las maletas.

Chi. ¡Qué locura!
Ayer eras todo extremos
por entrar aquí, y hoy bufas
por salir. Señor, ¿qué es esto?

D. Dieg. ¡Es mi muerte...! ¡Ojalá nunca
hubiera entrado; pues fuera
ménos cruel mi fortuna!
¡Ojalá los dos cegáramos
ántes de ver su hermosura!

Chi. ¡Ojalá tuviera yo,
señor, mi vista y la tuya!

D. Dieg. En fin, volvamos á Italia,
y en sus amorosas luchas
busquemos la muerte, si hay
muerte para quien la busca.

Chi. ¿Conque á Italia?

D. Dieg. Á Italia, sí,
quiero llevar mis angustias
al mismo país que vió
mis dichosas aventuras.

Chi. Pero, señor, ¿son tan grandes
las penas que nos ocultas?

D. Dieg. Tan grandes, que no es posible
que mi corazon las sufra.
Veinte años llevo gozando
los placeres y dulzuras
del amor, y todos juntos

no compensan las angustias,
ni las penas que me dan
estas horas de amargura.
Veinte años há que me sirves:
recuerda bien si en alguna
ocasion cedió mi brío,
ó se humilló mi bravura.
Recuerda si en los peligros
me viste cobarde nunca,
ó si recibí las penas
con faz afligida y mustia.
Pues ahora tengo miedo,
no mato á los que me insultan,
y lágrimas de dolor
mi tostado rostro surcan.
Cien visiones espantosas
en mi mente se dibujan,
y mi corazon asaltan
presentimientos y dudas.
No digas que ha habido un hombre
que con osadía injusta
puso la mano en mi cara,
y yo no crucé la suya.
A nadie digas que has visto
estas lágrimas que enturbian
mi vista; y que en esta casa
mi propia sombra me asusta.
¡Corre, corre! Las maletas
dispon; dispon las monturas,
pues siento que sobre mí
esta casa se derrumba.
No te detengas.

CHI. No tiene
su cabeza compostura.

(Chichon se va por la puerta de la derecha. Don Pedro entra por el foro izquierda.)

## ESCENA VI.

D. DIEGO y D. PEDRO.

D. PED. ¿Guzman?
D. DIE. ¿Moncada?
D. PED. Con menguada suerte
se deslizó en tus lábios
la infame historia, que baldon y agravios
sobre mi nombre vierte;
pues ya mi deshonor no se contenta
ménos que con tu muerte ó con mi muerte.
D. DIE. Desprecia la calumnia.
D. PED. ¡Empeño necio!
pues deshonra que crece y se comenta,
no se puede borrar con el desprecio.
D. DIE. Pero yo la he borrado
con la sangre de aquel que ha publicado
con torpe lábio la mentida afrenta.
D. PED. No importa; necesito
verter la tuya: tú fuiste el malvado.
D. DIE. Aquí la tienes, pues; la pena admito.
Confieso que tu nombre he deshonrado,
y debo responder de mi delito.
(Le entrega el papel que escribió en la escena tercera.)
En ese pliego escrito
está cuanto pasó; lo que ahí revelo
firmado está por mí: probar anhelo
que la deshonra es mia;
pues, si hay cielo, te juro que María
es un ángel del cielo.
¿Crees que eso es verdad?
D. PED. (Despues de leer el papel.) Creo esta historia.
D. DIE. Pues muéstrasela ufano
á cuantos quieran verla.
D. PED. ¡Empeño vano!
el mundo la tendrá por irrisoria.
D. DIE. ¿Qué más quieres de mí?

D. Ped. Nuestro destino
es luchar: que la suerte
decida entre los dos.
D. Die. Dame la muerte.
D. Ped. ¿Soy yo acaso asesino?
D. Die. Muéstrame tú el camino
que más le plazca al desagravio.
D. Ped. Es tarde.
D. Die. Cesa, Moncada, en tu tenaz porfía.
D. Ped. ¿Por qué hoy, Guzman cobarde,
no muestras el valor y la osadía
que mostraste otras veces?
D. Die. Hoy no puedo.
D. Ped. ¿Acaso tienes miedo?
D. Die. ¡Ay de tí! ¡Si no fuera por María...!
Es tu hija...
D. Ped. No.
D. Die. Como á su padre te ama;
en tu vida y la vida de su esposo
cifra su dicha... ¿Y yo dicha y reposo
le he de quitar...? Jamás.
D. Ped. Pero ¿y su fama?
*¿Y su fama?*
D. Die. *¡Es verdad...!*
D. Ped. *Los que se sienten*
*humillados, jamás hallan consuelo,*
*ni pueden disfrutar felices dias*
*los que toleran que su nombre afrenten.*
D. Die. Es verdad... sí; mas buscará mi anhelo,
para calmar las desventuras mias
la muerte en ese duelo.
D. Ped. Si quisieras morir no lo dirias.
D. Die. *Partamos, pues.*
D. Ped. *En vano*
*me convidas con loca impertinencia*
*á que te dé la muerte por mi mano:*
*si quisiera cubrir vana apariencia,*
*para borrar mi deshonor bastára*
*matarte en buena lid; mas mi conciencia*
*de asesino y cobarde me acusára.*

No es eso lo que ansío;
y puesto que el villano que me insulta
niega su espada al desagravio mio,
descorreré con brío
el torpe velo que la infamia oculta.

D. DIE. ¿Qué vas á hacer?

D. PED. Lo que á mi honor le cuadre.
Arrojaré á María
de mi hogar... (Entra María por la izquierda.)

## ESCENA VII.

DICHOS y MARÍA.

MARÍA. ¡Padre...! ¡Padre!

D. PED. Tú no eres hija mia.

MARÍA. ¡Padre!

D. DIE. ¡Moncada!

D. PED. Tú me has deshonrado.

MARÍA. Soy inocente.

D. PED. Pues si no lo fueras,
ya entre mis manos fieras
tu vida y mi deshonra hubiera ahogado.

MARÍA. (Cayendo de rodillas á los pies de D. Pedro.)
¡Padre, piedad!

D. PED. (Rechazándola.) ¡Aparta, desdichada!

MARÍA. ¡Padre, padre...!

D. PED. (Levantando los brazos sobre María.)
¡Mentira!
Aparta ó ¡vive Dios!

D. DIE. (Interponiéndose.) Basta, Moncada:
yo la defiendo.

MARÍA. (Levantándose con fiereza.)
¿Vos...? No quiero nada
del miserable que á perderme aspira.
Matadme: no me inspira
miedo la muerte, no; mas, por el cielo,
ántes que el hierro el corazon taladre,
concededme á lo ménos el consuelo
de abrazar á mi madre.

D. PED. ¡Sal!

MARÍA. ¿Me arrojais?

D. PED. Aunque el dolor me aflija,
tu presencia en mi casa no consiento

MARÍA. Padre, ¿á dónde quereis que me dirija?

D. PED. No profane tu acento
tan santo nombre: tú no eres mi hija.

MARÍA. (Vuelve á arrojarse á los pies de D. Pedro.)
¡Padre, padre, piedad...!

D. PED. ¡Sal al momento!
Fruto de la vergüenza y el pecado,
con tu sangre villana
corre la del malvado
que deshonró á tu madre y á mi hermana.
A una mujer liviana
debes la vida; yo te he dado abrigo
como á hija propia, y tú me das á cuenta
cruel dolor y vergonzosa afrenta...
¡Huye al punto de aquí; yo te maldigo!
*Y así mi maldicion vaya contigo,*
*y ni paz ni consuelo te consienta.*

(María se arrastra asida á D. Pedro: éste la rechaza bruscamente, y se va por la izquierda: ella queda de rodillas junto á la puerta.)

## ESCENA VIII.

MARÍA y D. DIEGO.

MARÍA. ¡Dios mio, sobre mi frente
arrojó su maldicion...!
Pero yo soy inocente.

D. DIE. (Siento correr un torrente
de sangre en mi corazon.)

MARÍA. ¡Jesus, cuyo amor sublime
al mundo redimió un dia...!
Si la sangre del que gime
sin culpa, limpia y redime...
¡Señor, aceptad la mia!

D. DIE. ¿María...?

MARÍA. (Levantándose.) ¡Apartad!

D. DIE. En pós
voy de vos; porque hallo en vos
mis postreras ilusiones.
MARÍA. No turbeis las oraciones
de los que creen en Dios.
D. DIE. María, oidme un instante.
MARÍA. ¡Yo...! ¡Jamás!
D. DIE. No vais á oir
hoy al atrevido amante,
sino al pobre caminante
que se quiere despedir.
MARÍA. Partid. En nombre del cielo
dejadme.
D. DIE. Alcanzar anhelo
perdon, y lo alcanzaré...
Negadme vos tal consuelo
y á vuestros piés moriré.
MARÍA. ¡Perdonar yo al libertino
que abrió en mi pobre destino
triste camino de abrojos...!
D. DIE. Yo regaré ese camino
con el llanto de mis ojos.
MARÍA. ¡Callad!
D. DIE. Oidme un momento,
que este afecto que por vos
dentro de mi pecho siento,
es propio del sentimiento
y del corazon de un Dios.
De tal manera ha cambiado
mi sér vuestro sér querido,
que creo que en mí se ha entrado
el alma de un elegido
á echar la de un condenado.
Y es hoy mi sér tan diverso,
que este corazon perverso
siente por vos un amor,
como aquel que el Creador
sintió por el universo.
Ni exigente, ni celoso,
quiero usurparle su bien

á vuestro adorado esposo :
amadle, hacedlo dichoso ;
pero amadme á mí tambien.

MARÍA. ¡Yo amaros...! Si imaginais
que vuestro amor agradezco,
loco de soberbia estais...
Yo os ódio, yo os aborrezco,
yo os mal...

D. DIE. No me maldigais.
Loco ayer os ofendí,
y á vuestras plantas vengo hoy...
Tened compasion de mí :
olvidad lo que ántes fuí,
y ved lo que ahora soy.
Ayer furioso torrente
que abrasa y esteriliza
cuanto encuentra en su corriente :
hoy dulce y tranquila fuente
que á vuestros piés se desliza.
Antes leon rudo y fiero,
cuyo valor soberano
puso miedo al mundo entero,
hoy mansísimo cordero
que acaricia vuestra mano.
Águila fuí que no doma
ni su vuelo ni su orgullo,
y soy tímida paloma
que en tierno y secreto idioma
á mí dulce dueño arrullo.
Hubo en mi existencia un dia
en que ni ley, ni derecho,
ni deber reconocia,
y el mundo entero era estrecho
campo para mi osadía.
Duelos, miserias, enojos,
desventuras y sonrojos
contemplé con fria calma,
y hoy siento que toda el alma
quiere salir por mis ojos.
Vedme á vuestros piés rendido,

mirad mi triste quebranto
en lágrimas convertido...
María, aceptad el llanto
de un malvado arrepentido.
Dad un punto de reposo
al que amigo cariñoso
fué un tiempo de vuestra madre...
en nombre de vuestro esposo,
en nombre de vuestro padre.

MARÍA. ¿Vive...?

D. DIE. Y para él es pequeña
toda alegría sin vos...
Con vos vive, con vos sueña,
y si sabe que hay un Dios
es su amor quien se lo enseña.
Ese amor que su altivez
domó un dia y otro dia,
ese amor por quien tal vez
habeis de ser vos, María,
báculo de su vejez.

MARÍA. ¿Vive...?

D. DIE. Y callando devora
todo el gran amor que os tiene.

MARÍA. Mas ¿por qué no viene ahora
á protegerme?

D. DIE. (Desconcertado.) No viene...
no viene... porque os adora.

MARÍA. Me ama, ¿y consiente su amor
que la deshonra me aflija...?
Mentira; me ódia...

D. DIE. ¡Qué horror!

MARÍA. ¿Qué padre es ese, Señor,
que no defiende á su hija?

D. DIE. ¡Ay...! Por fuerza ha de callar
aunque su pecho taladre;
pues os matára al hablar...

MARÍA. Reconozco á mi pesar
al verdugo de mi madre.

D. DIE. Callad, María.

MARÍA. Si yo

la torpe sangre tuviera
del hombre que me engendró,
á mi padre maldijera...

D. DIE. ¡María...!

MARÍA. No, no... eso no...
no es verdad, no le maldigo;
seré hija sumisa y buena...
mas decidle á vuestro amigo
que venga á vivir conmigo,
ó me moriré de pena.
Traedle.

D. DIE. Inútil porfía:
está aquí.

MARÍA. ¿Aquí?

D. DIE. Sí, María.

MARÍA. ¿Dónde...?

D. DIE. Aquí.

MARÍA. ¡No es ilusion!

D. DIE. (Abriendo los brazos.)
¡No, hija mia... no, hija mia!

MARÍA. (Arrojándose en brazos de D. Diego.)
¡Padre de mi corazon!
(Siguen abrazados hasta el final de la escena.)

D. DIE. ¡Mi vida, mi luz, mi encanto!

MARÍA. ¡Padre...! ¡padre...!

D. DIE. Llora y calma
en mi pecho tu quebranto.
¡Ay qué feliz es el alma
cuando puede verter llanto!

MARÍA. ¿Tambien vos...?

D. DIE. Sí: correr dejo
estas lágrimas, reflejo
de mi paternal cariño;
pues aunque soy casi viejo,
quiero llorar como niño.
Como un niño, que hoy la vida
á disfrutar me convida
placer más dulce y más puro...
¡Yo soy la nave perdida
que encuentra puerto seguro!

Sin velas y sin timon
el ancho mar recorrí...
perdióse la embarcacion;
pero el náufrago halló en tí
su tabla de salvacion.

MARÍA. ¡Padre!

D. DIE. Sí; y á ella abrazado
la orilla podré ganar;
pero ¡ay...! tengamos cuidado
no se alce el viento irritado
y nos sepulte en la mar.

MARÍA. ¿Teneis miedo?

D. DIE. Sí, hija mia;
pues si supiera Moncada
que soy tu padre...

MARÍA. ¿Qué haría...?

D. DIE. Para vengarse, su espada
en tu sangre teñiría.

MARÍA. ¿Pero callar...?

D. DIE. Es forzoso.

MARÍA. ¿Y mi honor...? ¿Y mi reposo...?

D. DIE. No temas: yo te prometo
que revelaré á tu esposo
la verdad de este secreto.
(Aparece D. Fernando en la puerta del foro de la derecha.)

## ESCENA IX.

DICHOS y D. FERNANDO.

D. DIE. ¡Oh...! Nada temas; de aquí
huiremos.

D. FER. (Con desesperacion.) (¡Ay de mí!)

D. DIE. Y en otra tierra mejor
serás dichosa.

MARÍA. Sí, sí.

D. DIE. Mi dicha, mi bien, mi amor.
Y tu rencor ya olvidado,
amaré allí, y seré amado

sín sospecha ni malicia.

D. Fer. (Con voz de trueno y desenvainando la espada en actitud de acometer.)
¡Infames!

D. Die. }
María. } ¡Ah!

D. Fer. Ya ha sonado
la hora de la justicia.

María. ¡Detente!

D. Fer. La expiacion
llegó ya, mujer artera:
te arrancaré el corazon.
(D. Fernando va á acometer; D. Diego se interpone con rapidez entre María y su esposo, y mete mano á la espada.)

D. Die. ¡Ay del que busque al leon
dentro de su madriguera!

D. Fer. (Hiriendo á D. Diego.)
¡Muere tú!

D. Die. (Vacilante.) ¡Jesus! (Cae en brazos de María.)
(Fr. Juan entra precipitadamente por el fondo derecha. D. Pedro aparece en la puerta de la izquierda.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FR. JUAN y D. PEDRO.

Fr. Ju. ¡Detente!

María. (Que ha caido de rodillas, sostiene en su regazo la cabeza de D. Diego.)
¡Padre! ¡Padre...!

D. Fer. (Horrorizado.) ¡Dios clemente!
¡Su padre!

Fr. Ju. ¡Su padre!

D. Ped. (Con indignacion.) Él fué
el vil que...

Fr. Ju. (Reconviniéndole.) Tened presente...

D. Die. (Incorporándose sostenido por María y Fr. Juan.)
Yo fuí... sí... perdoname.

D. FER. (Con dolor.)
¡María...!
MARÍA. (Indignada.) ¡Aparta!
D. DIE. Un momento
me resta aún... Venid los dos.
D. FER. ¡Y yo lé he muerto!
D. DIE. No... vos
sólo fuísteis instrumento
de la justicia de Dios.
Y Él, que vé desde su trono
la contricion de un impío,
sabe que no guardo encono
contra tí: yo te perdono...
yo te bendigo, hijo mio.
MARÍA. ¡Padre...!
D. DIE. Yo os he deshonrado;
y es justo que muera así,
quien así la muerte ha dado...
He sido siempre un malvado...
Rogad al cielo por mí.
Moncada... Padre... Hija mia...
Perdon... Siento que se afloja
el lazo que nos unía...
Dios como descargo acoja
mi dolorosa agonía.
FR. JU. Creed... esperad...
D. DIE. Por fuerte,
por incrédulo que sea
el hombre... al fin se convierte:
no hay ateo que no crea
cuando ve cerca la muerte.
*Yo conocí la verdad*
*por un singular favor*
*de la divina bondad...*
*Hijos... amigos... rezad*
*por un pobre pecador.*
¡Aỳ, Padre...! Calmad mi anhelo...
dadme siquiera el consuelo
de abrazar al hijo mio...
FR. JU. No puedo.

D. DIE. ¡En nombre del cielo!
FR. JU. Ha muerto en un desafío.
D. DIE. (Con gran emocion.)
¡Le han muerto...! ¿Sabeis quién...?
FR. JU. No.
Hace un momento espiró
don Lope: yo le asistí.
D. DIE. (Haciendo un violento esfuerzo.)
¿Don Lope de Giron...?
FR. JU. Sí.
D. DIE. ¡Jesus...! Le he matado yo.
(D. Diego queda muerto en brazos de María y Fr. Juan. Los demás forman grupo á su alrededor. Cae el telon con rapidez.)

FIN DEL DRAMA.

